

sino que ha de ser tan cruel y rigorosa, como inmutable y eterna?

Saca de aquí, el solicitar la presencia de Dios en todas tus acciones: no lo pierdas nunca de vista: acuérdate haber sido criado mientras vivas para él. Ocupate en conocerle para servirle; que si él fuere en tu vida el fin de tus pensamientos; el verlo cara á cara, será tambien el objeto de tu eterna felicidad.

MEDITACION CX.

HARTURA DE LOS BIENES CELESTIALES.

PUNTO 1.

Considera, la inquietud y ánsia con que todos buscan su felicidad. Unos corren tras la plata y el oro; y otros en pos de las honras y placeres: mas despues de entrar en posesion de lo que tanto desean, siempre hallan en su interior un hueco y un vacío que los atormenta. ¡Hasta cuando se desengañará el corazon humano, de que no

fué criado para los bienes mezquinos de la tierra!

Ponderar, que en el cielo solamente serán satisfechos nuestros deseos, porque ese dichosísimo lugar es el reino de Dios, donde hace alarde de su riqueza y liberalidad. Allí habrá tantos bienes, que de ellos promete Jesucristo por su Evangelio darnos una medida apretada y tan colmada, que derrame con prodigalidad el gozo y la gloria; en tal abundancia, qué como el pez está cubierto de las aguas, así estará nuestra alma inundada en un mar de delicias. Pero ¿qué podrá desearse, dice S. Agustin, donde se posee al sumo bien? por esto el corazon nada solicita, nada busca ni espera, porque todo lo tiene; siendo el feliz resultado una hartura y satisfaccion tan deliciosa, que le obligó á esclamar al Santo David: seré saciado con la presencia de tu gloria.

Saca de aquí, el mirar cuanto te promete el mundo con el desprecio que merece. Sus bienes no son mas que sal, que aumenta sobremanera nuestra sed. Olvídalos, y sus-

pira únicamente por lo que el Señor promete á los que le sirven, pues esto, y solo esto, podrá dar al corazon la hartura que pretende.

PUNTO 2.

Considera, que cuanto comprende el mundo es un bien limitado, y siendo infinita la capacidad del corazon, es indispensable que suba al cielo, donde hallará el objeto infinito é inmenso que es Dios, único que puede llenarla.

Ponderar, que aunque nada negáramos á nuestro apetito, como hizo Salomón; y aunque nos rodeáran los placeres, riquezas y bienes de la tierra, de modo que pudieran hartarnos, el resultado sería una hartura fastidiosa, que causaría suma torpeza, desgano molestísimo, y tédio intolerable. No así la hartura del cielo, pues allí está felizmente conciliada la saciedad con el apetito. Mientras mas se goza, mas se desea; y siempre se desea, aunque todo se goza. Se posee á Dios, y eso basta: porque él es, dijo S. Agustín, siempre antiguo y siempre nuevo.

De donde inferirás, cuán necios somos en buscar nuestra satisfaccion donde no es posible encontrarla. La razon así nos lo persuade; y así tambien lo confirma una triste esperiencia. Luego bate con ligereza tus alas, alma mia, y eleva el vuelo ácia Dios, pues él apagará tu sed, y saciará la hambre de tu corazon.

MEDITACION CXI.

TENEMOS MUCHOS MEDIOS PARA SALVARNOS.

PUNTO 1.

Considera, que son innumerables las cosas que haz recibido de la mano de Dios en el largo curso de tus dias: pues sábelte, que todas te las ha dado el Señor para facilitarte tu salud eterna. ¿Podrías negar, segun esto, que tienes muchísimos medios para salvarte?

Ponderar, que si levantas los ojos al cielo, allí verás santos que en su vida fueron de muy diversas clases y condiciones. Ha-

Harás sábios, ignorantes, opulentos, miserables, felices, perseguidos, príncipes, súbditos, sanos y enfermos: pues estos se salvaron sirviéndose únicamente de estas cualidades, como de unos medios que les suministró la providencia del Altísimo. Luego si tú necesariamente te hallas en alguna de estas clases, ¿qué razón podrás alegar para no mirar esas cosas como medios oportunísimos para tu salvacion?

De aquí inferirás, que toda la culpa está en nosotros, y no en la falta de medios. Qué no podré yo hacer, preguntaba S. Agustin, lo que éstos ó aquellos hicieron? Si podemos, no hay duda; pero nos falta la buena voluntad que ellos tuvieron. Hagámos la prueba de imitarlos en el buen uso de las cosas, y entónces obtendremos tambien los mismos resultados.

PUNTO 2.

Considera, que esta abundancia de medios hará uno de los mas crueles tormentos del condenado. Pude ser santo, repetirá por toda la eternidad, solamente con lo que

Dios habia puesto en mis manos. El Señor quiso que yo lo fuese; pero yo siempre resistí á estas medidas de misericordia.

Ponderar, que faltando en aquel infeliz estado la ilusion y el engaño que en esta vida causan las pasiones, verán aquellos miserables, que no hay criatura que mirada con fin recto no hubiera podido serles medio para conocer, amar y servir á Dios; pero ellos todo lo pervirtieron, y no hubo criatura de que no abusáran. Y si tantos medios descubrirán en el orden de la naturaleza, ¡cuántos y cuan eficaces les ofrecerá el orden de la gracia! Tocamientos interiores, ilustraciones, buenos egemplos, sermones, sacramentos, de una vez, la sangre del Hijo de Dios, que tantas ocasiones los lavó, los perdonó; y no los salvó, porque ellos se empeñaron en condenarse: ¡ó qué recuerdos tan amargos!

Saca de aquí, aprovecharte de lo que actualmente estás escuchando. Esto ciertísimamente es un medio, y quién sabe de cuanta consecuencia: no lo desprecies; por él te habla Dios, y te acuerda el buen uso

que ahora puedes hacer de tantas cosas que su Magestad te proporciona para ese fin.

MEDITACION CXII.

BUEN EGEMPLO.

PUNTO 1.

Considera, que no nos basta ser buenos; es menester procurar que los demás lo sean: porque habiendo nacido destinados para la sociedad, debemos mirar el provecho y felicidad agena como la propia.

Ponderar, que la condicion de cristianos nos une con vínculos mas estrechos, pues los de la caridad, aunque mas suaves y agradables, son mas poderosos y enérgicos que los de la naturaleza. Por esta razon, á mas de ser justos, debemos ser egemplares y edificantes, estimulándonos mutuamente á obrar bien, y practicar la virtud con la eficacia del buen egemplo. Esto es lo que nos quiso decir Jesucristo por estas palabras: *brille vuestra luz ante los hombres, á*

fin de que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

Saca de aquí, el proponerte esta gloria por fin principal de cuanto hagas, pues aun el mismo Dios, como se dice en los Proverbios, la tiene por fin único de todas sus obras. Pero solicita despues el bien de tus hermanos, pues esto se te encarga tambien en el Evangelio.

PUNTO 2.

Considera que edificando á nuestros prójimos, con nuestro buen egemplo atesoramos un inmenso caudal de méritos para la vida eterna; porque cooperamos á las miras bienhechoras de Dios, cuya voluntad es nuestra santificacion; y así dice el Apóstol: que el Señor desde antes de crear el mundo, nos eligió para que fuéramos santos.

Ponderar lo primero, qué recomendable será el buen egemplo, siendo diametralmente opuesto al escándalo. Porque si de éste se quejaba Jesucristo diciendo: ¡ay de aquel por quien viene el escándalo; por los

malés que causa! no deberémos creer que llame felices á los que santifican á sus hermanos? Ponderar lo segundo, que al mismo tiempo que trabajan en la edificación ajená, aumentan la santificación propia; pues en el acto de enseñar á otros el camino de la virtud, y de hacerla practicar, ellos, necesariamente, van caminando por la propia senda, y eggerciendo lo que con el egeemplo predicán.

Infiere de esto, qué grande será el premio que el Señor tendrá prevenido á los que con su buen egeemplo contribuyeron al aumento de su honor y de su gloria. Y como en el infierno verá el escandaloso, para su mayor tormento, los males que causó; así el varón egeemplar, para su gloria accidental, verá en la bienaventuranza los frutos que su buen egeemplo consiguió.

MEDITACION CXIII.

LA AMBICION ES LA CRUZ MAS DURA

DEL AMBICIOSO.

PUNTO 1.

Considera, que si todo pecador es infeliz, pues bastante miseria es el pecar, ninguno lo es mas que el ambicioso; porque para llegar al honor ó término que desea, comete mil desórdenes, con los que él mismo se daña.

Ponderar que el primer desórden consiste, en pretender indebidamente la dignidad ó el empleo: pues en el hecho de mover tantos resortes; hablar y molestar á tantas personas; correr y fatigarse á todas horas del dia y de la noche; usar, si es necesario aun de medios vergonzosos y arbitrarios viles, manifiesta que le es preciso valerse de todo esto, para suplir la falta de su mérito. El segundo desórden es, que intentando conseguir una dignidad que no merece, no solamente perjudica la justicia

agena, sino que él mismo se degrada; porque todos conocen que ponen en sus hombros una carga superior á sus fuerzas, y que son muy cortos sus talentos y tamaños para el destino; y el resultado es, hacerse ridículo y despreciable, en vez de quedar honrado.

Saca de aquí, el contentarte con el estado y condicion en que Dios te pone. Jamás pretendas cosa alguna con perjuicio de otro, bajo el pretexto de proveer á tus necesidades: pues la providencia amorosa del Señor cuidará de tí, como tú cuides de no hacer mal á nadie, y cumplir con la justicia que te exige.

PUNTO 2.

Considera los muchos meses y tal vez años que tiene que esperar el ambicioso, para llegar al honor que con tanta ánsia solicita: y mientras, ¡quién podrá calcular los tormentos que en su ánimo padece, y las molestias é incomodidades á que se sujeta; hasta desnudarse de su génio y modales, para acomodarse, con violencia continua, al

capricho y voluntad de aquellos de quienes pende su colocacion!

Ponderar, que no son menores los trabajos y martirios que tolera aun despues de obtenida la dignidad ó puesto, que fué el blanco de su ambicion. Lo primero, por la inconstancia é insaciabilidad del corazon humano, que apenas posee lo que mas deseaba, cuando eso le es únicamente un escalon que lo estimula á subir á mayor altura; y hé aquí que nace otra nueva ambicion mas molesta que la anterior. Lo segundo, por la inquietud en que vive de sus competidores, temiendo á cada instante que obren contra él, que tengan mejor fortuna y lo derriben. ¡O qué verdad es lo que dice S. Bernardo, que la cruz de los ambiciosos, es su propia pasion!

Saca de esto, el huir de un vicio tan peligroso para la alma, como molesto para el cuerpo: y tén presente, que el que sin mérito y sin justicia pretende y obtiene, es un verdadero usurpador, á quien la dignidad no le acarrea sino enemigos.

MEDITACION CXIV.

ADULACION Ó LISONJA.

PUNTO 1.

Considera, que no hay vicio que mas se practique, y en que menos se repare que la adulacion. Mil veces sin escrúpulo adulamos á quien no lo merece; y mil veces tambien aceptamos sin remordimiento la lisonja ó adulacion, siendo indignos de ella; y ambas cosas son verdaderamente reprehensibles.

Ponderar, que son muchísimos los defectos en que incurrimos, recibiendo con deliberacion y complacencia las infundadas lisonjas que otros nos venden: porque lo primero, fomentamos nuestra vanidad y orgullo, oyendo sin resistencia, antes bien con gusto, los demasiados elogios que nos prodigan. Lo segundo, nos hacemos despreciables ante las personas sensatas, que se rien, y con razon, de vernos muy contentos y pagados de las alabanzas, conociendo nuestra pobreza y falta de mérito. Lo tercero,

finalmente, nos hacemos incapaces de enmienda, porque ¿cómo hemos de corregir los defectos que no conocemos, ni cómo hemos de conocerlos cuando los aduladores nos los ocultan, y nos los presentan como virtudes?

Saca de aquí, no mirar como amigos los que continuamente te lisonjean. Advierte, que sus alabanzas desmesuradas son hijas ó de su interés, ó de su poco talento. Busca por el contrario quien con imparcialidad te avise de tus yerros, para que los corrijas, y éste sí es tu fiel y verdadero amigo.

PUNTO 2.

Considera, que si son tan notables las culpas en que incurre el que con toda advertencia admite y consiente la lisonja, no son menos graves las que comete el adulator.

Ponderar lo primero, que es un falso amigo y un verdadero traidor, porque alabando un mérito que no existe, y disimulando los defectos y vicios que tiene la per-

sona adulada, la engaña, haciéndola formar ideas muy erradas, desfigura sus faltas, y, por consiguiente, la deja casi incorregible para siempre. Ponderar lo segundo, la ruindad y vileza de la alma del lisonjero, pues por el favor que espera de la persona á quien adula, tege encómios aun á sus galantéos criminales, y le sirve y administra en sus desordenados é injustos caprichos. Y lo mas es, que aunque por lo que espera lo elogia en su presencia, lejos de él despedaza tal vez su crédito y anonada sus prendas y talentos.

Conoce por todo esto, cuan vil y cuan indigno de un corazon noble es tanto el adular, como el aceptar la lisonja. Si crees tener algunas buenas cualidades, y eres con discreción elogiado, atribúyelo todo á Dios, Autor de ellas, y de esta manera, ni perderás el mérito ante el Señor, y tu modestia te hará verdaderamente recomendable ante los hombres.

MEDITACION CXV.

ESMERO EN LOS VESTIDOS.

PUNTO 1.

Considera el empeño que comunmente se toma en parecer bien. A este fin con la mayor ánsia se solicitan ricos adornos, galas preciosas de todo lujo, trages esquisitos y costosísimos, y, de una vez, vestirse siguiendo ciega, tenaz, y quizá criminalmente el uso y la moda.

Ponderar, que no hay cosa mas indigna de un cristiano, que este esmero: porque todo vestido no es mas que un monumento triste que nos recuerda nuestro pecado. Pregúntate, ¿por qué Dios te vistió? y las lágrimas, que silenciosas correrán por tu rostro, te dirán del modo mas espresivo, que porque perdiste la amistad y gracia primitiva; porque se acabó para nosotros la inocencia, la feliz inocencia y justicia original, con que la mano liberal del Señor nos enriqueció; y porque se acabó para siempre, sin dejarnos la menor esperan-

za de recobrarla. ¡Y así queremos buscar vanidad y contento en vestirnos, debiendo hallar dolor y vergüenza?

Infiere de aquí, cuan conforme á razon es formar de esta necesidad de cubrarnos, la idea cristiana que merece. ¡O cuán bien obrarás, si al tomar en tu mano el vestido, sea cual fuere, lo miras como un hábito vergonzoso, que recordándote tu ingratitude, te reclama la penitencia de ella!

PUNTO 2.

Considera, que el querer grangearse estimacion y aprecio, con la ostentacion en el vestido lujoso ó de moda, es una pretencion tan vana como ridícula; pues no se funda en un verdadero mérito personal, ni supone grandeza de alma ó nobleza de espíritu, sino, por el contrario, se hace gala de una cosa puramente exterior, que puede muy bien tenerla el individuo mas vil ó despreciable.

Ponderar, que siendo la impureza y amor deshonesto pasion tan vergonzosa, que nadie consiente en su persona ni aun leves

indicios de ella; es consiguiente que alejemos ese prurito de vestir conforme á ciertos usos del mundo, que no dicen bien con la honestidad y el pudor. ¡Cuánta desnudez, cuánta indecencia se nota en muchos trages, con ofensa de la pureza, por seguir la moda! Y pregunto, ¡las ideas torpísimas, los pensamientos lascivos, las miradas voluptuosas que se originan por semejantes vestidos, á quién las imputará Dios? ¡Será suficiente disculpa en el tremendo juicio que nos espera, decir, que así lo pedía el uso del mundo, ó las costumbres del siglo? Reflexiona esto despacio.

Saca de aquí, el cuidado que como cristiano te pertenece de no mirar, no usar, ni permitir en los de tu familia trages altos, ni telas tan delgadas que no cubran como deben. Evita principalmente en el templo del Señor toda vestidura, aunque la autorize la moda, que quite la devocion, ó que de algun otro modo ofrezca peligro á la castidad y á la inocencia.